

REELECCIÓN LEGISLATIVA*

Jesús SILVA HERZOG MÁRQUEZ

Agradezco la invitación a participar en este foro para hablar sobre la reforma deseable, la reforma posible para alcanzar una gobernación democrática.

Quisiera empezar con una nota de cierto escepticismo. Me parece que un foro de este tipo, foros como los que se empiezan a reproducir en México en distintos ámbitos, puede estimular una especie de fantasía institucional que puede ser el relevo de la fantasía carismática que nos intoxicó hace unos años.

Pensar que como hace unos años hacía falta un nuevo hombre, un hombre que resolviera todos los problemas del país. Ahora lo que necesitamos es una refundación institucional que rehaga el marco de las reglas de nuestra vida pública.

Hay un aire decimonónico en este discurso, no lo digo como elogio, sino más bien como preocupación, pensar que lo que le hace falta a México es nuevamente, como lo pensaban los primeros mexicanos, encontrar la Constitución feliz, esa Constitución perfecta, ese trazo salvador de nuestras reglas que ponga de una vez y para siempre fin a nuestras desgracias.

Quisiera decir muy concretamente, que no hay arreglo institucional que garantice la gobernación democrática; por muy perfecto que sea el diseño de un automóvil, sino hay piloto el coche no se mueve.

Creo que tenemos un gran problema que es el de la ubicación del problema, el del diagnóstico de nuestros atascos; hay que atender que hay un desencanto muy visible en México, en América Latina, de la democracia.

* Versión estenográfica.

¿En dónde está el problema? Considero que habría que discutir si el problema es simplemente de normas mal trazadas, de instituciones chuecas o simplemente, o además de esto, más bien, de una clase política que no ha estado a la altura de un nuevo entorno democrático.

Creo que aquí hay un problema muy grave, un arco de la clase política que recorre desde el palacio presidencial, la oficina del Ministerio del Interior, las dirigencias de los partidos políticos, las jefaturas de las bancadas en las asambleas representativas.

Si queremos encontrar en dónde está la responsabilidad de la improductividad política de nuestra democracia, habría que ver principalmente ahí. Fundamentalmente diría, concretamente, en el Ejecutivo Federal.

Hacer el recuento del trato de la Presidencia con el Congreso es conformar un listado de consejos de lo que no debe hacer un gobierno en un contexto democrático y pluralista. Desprecio de los canales institucionales, convocatorias vagas, adoración de un consenso absoluto e incapacidad para atar coaliciones de mayoría, llamados a la opinión pública sin una comunicación clara con el Congreso, incomunicación inicial con su aliado partidista natural, inicio del trato con el Congreso a partir de fiascos y asuntos evidentemente polarizantes.

No hay que darle muchas vueltas, estamos aquí, en este atasco principalmente por la ineptitud del liderazgo, por llamarlo de alguna manera, del presidente de la República.

La idea de esta reforma integral es una maravillosa coartada para los ineptos. No se trata al parecer de su incapacidad, sino del trato de las instituciones lo que explica que no haya resultados.

Haría otra advertencia, también desde el escepticismo. El pluralismo nos obliga a concentrar la atención en reformas muy concretas, en reformas hacederas. Hablar de la refundación institucional del país es estar soplando burbujas de jabón. Hay que ir a lo concreto.

Trato de definir dos propósitos, que a mi juicio requiere una reforma, una revisión de nuestras instituciones.

Me parece que necesitamos, primero, abrir el tiempo de la democracia. Estamos encerrados en jaulas de tiempo que impiden la coincidencia y la mirada de mediano plazo de nuestra clase política.

Viéndonos de esta manera estamos concentrados justamente en la declaración que aparece en el día siguiente en la prensa, en el efecto que puede tener en la elección inmediata, pero de ninguna manera podemos

estar viendo sobre el futuro mediano, el futuro que no está en el siguiente siglo, sino que está más allá de lo que se escenifica en la siguiente elección. Los cálculos políticos de nuestros actores están por nuestro calendario secuestrado por el cálculo de lo inmediato.

Por otro lado, necesitamos cadenas de responsabilidad para la clase política. Necesitamos, a mi juicio, elevar los costos de la inacción política. Necesitamos elevar los costos de la irresponsabilidad política.

Creo que la transición democrática, este camino al pluralismo ha creado una clase política extraordinariamente mimada. Una clase política protegida por reglas a tal punto proteccionistas, que prácticamente nada puede hacer reaccionar a esta clase política. Su inactividad, su incapacidad de alzar la vista es una conducta gratuita para nuestra clase política.

Tiene nuestra clase política nuestros grandes partidos. Uno de esos actores muy ricos en una sociedad pobre. Tiene una bolsa jugosísima de dinero, y una tajada importante, prácticamente garantizada de la representación nacional.

El elemento fundamental del poder ciudadano, que es el poder del castigo, está terriblemente menguado en nuestro régimen político.

Me quedaría, por lo tanto, en dos propuestas muy concretas para tratar de ser congruente con esta idea de la imposible refundación mexicana.

- 1) *Reelección legislativa.* Considero que ahí está la verdadera reconstrucción de nuestro régimen político y la conversión de una dinámica perversa en una dinámica productiva.

Me parece que un Congreso sin profesionales, no puede ser un Congreso que tenga la capacidad de dialogar, de hacer frente, de colaborar, de coincidir, de discrepar inteligente y prudentemente con el Ejecutivo. Si hay algo de lo que tenemos que deshacernos es de un Congreso de aficionados, un Congreso de legisladores ocasionales.

La reelección legislativa podría otorgar a la ciudadanía un poder completo de castigo y de premio, podría profesionalizar nuestra legislatura, podría nutrir de experiencia al Congreso y debilitarlo, hay que decirlo también, los caciquismos legislativos.

- 2) *Hay que castigar la inacción.* En este punto coincido con lo que ha dicho Emilio Chuayffet, creo que no hay nada tan negativo para la pedagogía democrática como el escenario de una legislatura que no

produce. Iniciativas que se presentan y que se archivan para recibir esa crítica demoledora del congelador.

No tenemos en este momento ningún costo político asociado a la inacción, a la incapacidad de definir posiciones públicas frente a las iniciativas que se presentan, a iniciativas presidenciales que, quizá, podría calificar de excepcionalmente relevantes, me parece que hay que atar la consecuencia de que debe haber una respuesta congresional en un plazo definido.

Brasil, Chile, Uruguay tienen esta provisión que exige a los partidos políticos tomar posiciones. Sólo así creo, teniendo elementos que puedan estimular la responsabilidad política de una clase política que ha sido mirada y solamente a través del ensanchamiento del horizonte de tiempo de nuestra clase política podría, a mi juicio, renovarse este régimen pluralista que está urgido de orgullos en este tiempo.